

## “UNA BODA EN EL ESPÍRITU” (1)

Se casaba un hermano de Maranatha. Pocos días antes, en nuestra habitual cena de los miércoles, se comentó el acontecimiento.

Alguien se opuso utilizando argumentos frecuentes en las conversaciones mundanas. Como si no tuviéramos fuerzas distintas a las que la vida proporciona para afrontar situaciones extraordinarias. Era claro que los futuros contrayentes carecían de los medios intelectuales y económicos “necesarios” para arrastrar la vida independiente que habían previsto emprender.

Menos aún para soportar las consecuencias connaturales (descendencia, educación, etc) al matrimonio. El fracaso resultaría inevitable. Mejor sería esquivarlo. ¿Nadie les habría advertido de todo ello?

El intento de conversación juiciosa fue poco a poco languideciendo.

La mayoría era obvio que no deseaba arrimarse al trapo. Un trapo que, como tantas otras veces, comportaba, además, un juicio al prójimo.

Y nos acercamos al día de la celebración del sacramento que, como la mayoría de las veces, iría acompañado de la consiguiente eucaristía.

Llegado a la iglesia aproveché los inevitables prolegómenos para familiarizarme con las lecturas correspondientes a la jornada elegida. Tocaba en esa fecha el Evangelio de San Lucas relativo a la desaparición de Jesús en el templo de Jerusalén cuando tenía doce años de edad (2).

Mas arribado el momento de su lectura me vi gratamente sorprendido con su substitución por el conocido de las aves del cielo y los lirios del campo. Uno de mis preferidos (3). ¿Quién o quiénes habían determinado tal substitución y por qué? Si una vez concluido este evangelio en el versículo 34 del capítulo 6 nos fijamos en el inicio – versículo 1 – del capítulo 7 (4) comprobaremos cómo la dicción literal de este último nos dice exactamente: “*No juzgueis para que no seáis juzgados*”. Es decir la conexión y proximidad de ambos principios – dejar en manos de la providencia las cuestiones tocantes a nuestra alimentación, vestido y otros afanes y la prohibición de juzgar a nuestros semejantes – están situados en el Nuevo Testamento con la proximidad e importancia a la que la mayoría de los asistentes a la cena de aquel miércoles previo a la boda los situaron entonces.

Es cierto que el futuro contrayente no estaba aquel día entre nosotros pero también lo es que pudo muy bien ser informado por el Espíritu Santo de la exigencia de recalcar en el acto público de su matrimonio la necesidad de subrayar para los cristianos esa dejación en las manos del Padre de la provisión de todas esas cosas que Él sabe necesitamos y son consecuencia de la búsqueda del Reino de Dios y su justicia.

No es así con los gentiles (los no judíos entonces y hoy también los hijos de las tinieblas y del siglo) que deben buscar por sí mismos todas esas cosas (versículo 34). Si nosotros no las obtenemos por añadidura como consecuencia de nuestra participación en el Reino no será sino por un corolario de nuestra poca fe (versículo 30). Otro tanto nos dice

asimismo Lucas <sup>(5)</sup> sobre el poder de la fe utilizando distinto paradigma. Pero mientras Mateo se limita a motejar como hombres de poca fe a quienes no han extraído las inevitables conclusiones del hacer divino con respecto a lirios y aves, Lucas parte de un supuesto aún mucho más teológico: el conocimiento apostólico de la imposibilidad de incrementar su fe sin una clara y decidida actuación del Señor en su favor.

Nuestro actual Pontífice ya ha publicado encíclicas sobre dos de las tres virtudes teologales: “Deus Caritas est” y “Spe salvi”. Nos falta la relativa a la fe. Nada nos ha prometido sobre su futura aparición aunque es posible lo haga dado el anhelo que nos embarga. De momento conformémonos con la próxima de inmediata publicación donde se abordarán los temas principales de la crisis que nos abrumba.

La fe, sin embargo es esencial tanto para el presente como el devenir de los cristianos quienes dependemos en forma absoluta del Creador.

Contemplar mientras, de cerca la actuación en el día de su matrimonio de determinados hermanos que han unido su suerte a la de las aves del cielo y los lirios del campo es algo de inmensa hermosura.

Gloria al Señor.  
Madrid, a treinta de junio de 2009  
Fernando Escardó

## NOTAS

---

(1) Copia del texto enviado para su inserción en la página Web de la Comunidad de Oración de Fray Escoba perteneciente a la Renovación Carismática Católica en el Espíritu.

(2) Lucas 2, 41-51.

(3) Mateo 6, 24-34.

“No podéis servir a Dios y al Dinero.

Por eso os digo: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? Por lo demás, ¿quién de vosotros puede, por más que se preocupe, añadir un solo codo a la medida de su vida? Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Observad los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan, ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al hormo, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿con qué vamos a vestirnos? Que por todas esas cosas se afanan los gentiles; pues ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura. Así que no os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su propio mal”.

(4) Mateo 7, 1.

“No juzguéis, para que no seáis juzgados”.

(5) Lucas 17, 6.

Dijeron los apóstoles al Señor: “Auméntanos la fe”. El Señor dijo: “Si tuvierais una fe como un grano de mostaza, habrías dicho a este sicómoro: “Arráncate y plántate en el mar y os habría obedecido”.